

Código documento: 036cas**Nombre documento:** Relatos: Cuando era más joven, viajé en sucios trenes que iban hacia el norte...**Idioma:** Castellano**Fecha creación:** 10 de febrero de 2009**Autor:** Gregorio de Zaragoza

Quando era más joven, viajé en sucios trenes que iban hacia el norte...

Salir a toda prisa es lo que hacen los toros de los corrales en Sanfermines y salir corriendo es lo que hacen los cobardes y a veces los prudentes y el caso es que ahora mismo, no tengo claro qué es lo que nuestro protagonista hizo justo a las nueve y media de la mañana del día dieciséis de marzo pasado, desde los aparcamientos que hay frente a la estación de autobuses de Pamplona. No sé si huía o si salía de Pamplona pero ni una sola vez se paró a mirar hacia atrás y no tuvo ni un solo pensamiento o recuerdo por lo que allí dejaba.

Como siempre ligero de equipaje (con lo puesto), sin billete ni billetera y en este caso hasta sin tren, emprendió viaje hacia el norte, porque el Mundo está en el norte, el dinero y las oportunidades para el bien y para el mal están en el norte y todos los que guardan pocas esperanzas, desesperan sin apenas notarlo en el jodido norte.

- ¿A qué distancia está el norte?

No se puede pretender que te conteste de forma concreta, quien mide las distancias por huidas, continentes, cárceles, encuentros y desencuentros, litros de alcohol.

- El norte está allí, en su sitio, lejos, tras la vieja frontera con Francia.

Pero insistimos en concretar.

- Hasta allí ¿qué distancia hay?

- Solo hay la distancia que hay que recorrer, ni un metro más.

De momento, tampoco tiene el norte un apellido que lo concrete, Toulouse, París, Berlín... Tampoco importa de momento, pero sí que importa el día que nuestro personaje ha elegido para estar sobrio y alejarse de su casa actual, un coche viejo abandonado en la calle, que comparte con otros tres colegas, dos humanos y un perro que trasiega tanto vino tinto como cualquiera de ellos y que se lo gana pidiéndolo a sus colegas como ellos se lo piden a los "estirados".

Ha elegido, para estar lúcido, un día lluvioso, frío y plomizo que le evoca una imagen de su Polonia natal, pero que no le provoca ningún recuerdo activo, solo recuerda en dos dimensiones como si fuese una foto fija. En sus recuerdos no hay sentimientos.

Mi tendencia al romanticismo me hace pensar por un momento que ha sido esa imagen (aún siendo fija), la que le ha impulsado a partir, pero seguramente la pelea de la noche anterior tuvo más peso en su decisión, el hecho es que el dieciséis de marzo, Erik parte hacia la vieja frontera franco/española.

No hay tren.

Hace auto/stop sin mucha convicción y así le va, nadie para a un desarrapado delgaducho y algo tambaleante, que sin equipaje se dirige nada menos que "Hacia el NORTE".

Por inercia sigue andando.

Se me ha colado la palabra desarrapado pero lleva ropa suficiente, digna y limpia pero con aspecto de intemperie, lo mismo que su piel, con un tono blanquecino como de fondo de armario y una tez morena hasta la quemazón.

El color blanquecino como de fondo de armario es ese tono que adquiere la piel de los que no pueden salir mas que con permiso del juez.

Ya hace días que le dio permiso para salir, días y continentes ya que estuvo encerrado en Méjico. No sabe exactamente cuanto estuvo ni cuanto hace que estuvo pero por el medio quedó el paso por la Florida y el barco a Casablanca en el que fregaba y fregaba entre trago y trago.

No ha dejado de caminar.

Fumaba de gorra y sacaba la lengua a las damas...

Hoy va atravesando la Pamplona periférica, Villava, Burlada...

Como le apetece fumar, recoge colillas del suelo que luego lía en una servilleta de bar, le pide fuego a un paisano que, atónito, le regala las cerillas.

Pasa por Trinidad de Arre y por un camino, sale a un merendero con una fuente en la que bebe agua, luego, sale a la carretera nacional que le acerca a Roncesvalles pero aún quedan más de 50 Km. aunque él no lo sabe. Tampoco le importa.

- ¿Ha desayunado?

Pues... no sabe contestarnos, aún le queda esa telaraña en el cerebro que le recuerda su condición de alcohólico y no le deja recordar otras cosas, como cuando tenía una vida fácil y agradable en su ¿cercana? juventud, cuando sus padres le aproximaban al mundo occidental a través del consumismo y le alejaban de la formación humanista por medio del capricho.

Hace frío.

Brrrrr...mmm!! El rebufo de los camiones le hace tambalearse, a duras penas mantiene el equilibrio. Hoy su mente está particularmente nublada, como el cielo... Pero está seguro de algo, hoy es día de viaje, se lo dice la "intuición", su guía en los últimos años y responsable de su destino. Hoy la intuición dice "al NORTE"...

Y el txirimiri hace su aparición. Lo que le hace poner más empeño en el "dedo", eso sí, sin mucha esperanza...

Pero tiene suerte. Nunca para las grandes empresas, pero sí para las pequeñas cosas... Y un turismo se detiene ante él.

- ¿Dónde vas? -

- Al norte -

- Si te viene bien Larrasoaña... -

Y qué más da, para quien no ha decidido aún su destino cualquier sitio está bien, siempre que no le cale el txirimiri.

Solo una parada, en el pueblo siguiente. Su benefactor tiene algo que hacer.

Otra vez empiezan a espesársele las ideas y la espera al conductor no deja de parecerle tan estúpida como su destino.

- Larrasoaña... ¡qué coño será eso! -

Nadie le ha hablado de la tradición hospitalaria de ese pueblo con nombre tan rotundo, nadie le ha dicho de su puente y hospital medieval, nadie le ha nombrado a Santiago Zubiri, nuestro protagonista nada sabe del Camino de las Estrellas que él va recorriendo al revés.

Mientras espera, ve un gran plástico que tapa unos leños y sin darse cuenta lo está sacudiendo, doblándolo cuidadosamente y guardándoselo debajo de la cazadora, su experiencia así lo aconseja, un día así puede necesitarlo.

Y cuando lo está guardando se percata de que está siendo observado por dos mujeres que cuchichean y le miran. Erik no se puede reprimir y burlescamente les saca la lengua... moviéndola obscenamente antes de guardarla.

Está seguro de que no se escandalizará nadie, pero le gusta provocar, sobre todo cuando media una carretera y varios años de edad de diferencia.

Un gesto de desagrado y las mujeres vuelven a su charla lánguida como solo lo son las charlas de un día lluvioso.

El conductor vuelve. El viaje continúa.

Había días que tocaba comer, había noches que no...

Como "hijo de la calle" sabe dar ceba a la buena gente, y el conductor lo es. Sin pedir nada ya se ha asegurado un vino y algo que masticar para cuando lleguen al pueblo.

Entran en una oscura tasca donde se suceden los saludos en euskera. Un olor agrio lo invade todo. Y al fondo dos paisanos, uno tocado de txapela, discuten en voz alta. Por un momento las miradas se separan una de la otra y se dirigen a él, le recorren el cuerpo de arriba abajo, le miden, le pesan lo sopesan y al no encontrar nada nuevo siguen su diálogo.

Es una "herrikotaberna"... está claro.

El bocata de chistorra le recupera el cuerpo, pero más aún los dos vinos que lo acompañan, aún a riesgo de agrandar la tela de araña.

Ha pasado el tiempo. Hace rato que charlan muy animados, los vinos se suceden, Erik sabe hacerse escuchar, y ahora está a gusto... muy a gusto.

Sus historias dejaban de ser amargas para ser solo melancólicas, sus chistes y gracias habían aprendido todos los giros, todos los gestos. A nadie le resultaba indiferente lo que contaba, todos atendían. Tanto que cuando su acompañante se marchó dejándole pagado una ronda más, fue la muchacha que atendía la barra quien ocupó su lugar, en la audiencia y en la "ponencia". Poco a poco la taberna se vacía. La chica no le pierde ojo.

Es bajita y algo basta, pero tiene una hermosa sonrisa y una conversación agradable, de vez en cuando le llena el vaso, lo que la hace más agradable aún.

Erik ya ha descubierto un brillo lujurioso en sus ojos cuando le mira, y de vez en cuando bailotea sensualmente delante de él. Aunque no recuerda cuando empezó la música.

La guitarra de Raimundo Amador llora sobre los acordes de "qué gustito pa mis orejas", mientras ella se mueve al ritmo del lento compás. Un par de halagos, y Erik se atreve a cogerle la mano. Ella no le rechaza y esto desata un mar de sensaciones en la mente de nuestro protagonista.

Cómo sujetar ese momento para poderlo analizar y distinguirlo de otros momentos similares, de bares similares, de patrias similares.

A su cabeza afloran algunos recuerdos... recuerdos perdidos... recuerdos recuperados...

Conceptos olvidados intentan hacerse paso hasta su consciencia y palabras que queman suben a su cerebro, esposa, hogar, familia, volver...

Pero un apretón cuerpo a cuerpo lo hacen fijarse en los ojos cómplices de su anfitriona.

- Hoy va a ser un día completo...

Pero en ese momento el paisano de la txapela entra, ve la situación y con aire de estar en su casa le mira con el ceño fruncido diciendo:

- ¿Qué hace este aquí todavía?...

Una pregunta que lo dice todo: "largate, no tienes dinero", le devuelve a la más cruda realidad. Solo queda apurar el vaso y marchar.

- ¿Adónde?...
- Al norte... está claro... ¿está claro?...

Ya no está muy seguro de que esa sea la dirección correcta... pero sí, alguien dijo que la desesperanza se atenúa en el norte...

La tarde avanza, se ha quedado con "hambre" después de que le hubieran abierto el "apetito" y piensa que lo prudente es poner tierra por medio, los celos son el motor de terribles estupideces.

Dormía de un tirón cada vez que encontraba una cama...

Aún no era de noche cuando una furgoneta lo dejó a la entrada de Zubiri, había dejado de llover y un airecillo cargado de humedad sustituía a las nubes bajas. Era hora de encontrar un lugar donde pasar la noche, un pajar o una cuadra servirá, por algo ha cogido el plástico.

Buscando ese cobijo atraviesa el pueblo siguiendo la carretera y es a mitad del caserío, justo después de la iglesia cuando ve un cartel que le ilumina los ojos.

ALBERGUE DE PEREGRINOS DE ZUBIRI

Albergue es una palabra que en un día como ese, siempre es bienvenida, Zubiri debe de ser el nombre del pueblo y lo de "peregrinos" es un concepto que anuncia exclusividad y por lo tanto, problemas.

Debe de pensar rápido, mientras le llega la inspiración se asoma al interior del albergue, con cuidado abre una rendija que le permite mirar. Camas, mantas, una estufa, ¡el paraíso!, no ve a nadie pero en cualquier momento puede aparecer el dueño de la mochila que hay o el encargado del albergue y montarle una bulla de las que acostumbran a montarle "los hombres de bien". Hay que pensar;

- ¿Porqué habré bebido esos vinos?

Siempre la misma canción. De todas formas en Pamplona ha oído que la gente va al norte peregrinando a Lourdes y otros hablan de ir o empezar en un lugar llamado San Juan. Otra cosa que le suena a peregrinaje es el bordón, ¡qué estupidez llevar un palo a costas todo el día!

- Aquí hay un palo y esto puede funcionar, una cama bien merece intentarlo. _

Ataviado con su palo y su mejor sonrisa vuelve al albergue en donde entra decidido, cuando ha dado dos pasos se da cuenta de que el propietario de la mochila esta tumbado en la litera que tapa la puerta, oye su voz:

- Pasa, pasa peregrino, pasa y siéntate. Loly la hospitalera no está pero puedes acomodarte. -
- (Esto marcha, me ha dicho peregrino y no me ha echado). Gracias, no quería molestar... (soy peregrino, no tengo que disculparme, pero con un tío tan grande vale más ir de humilde).-
- No molestas hombre, acércate a la estufa y caliéntate un poco, pero antes quítate el abrigo y tiéndelo en una silla para que se seque. (Valla aspecto de desamparado tiene).-

Silencio solo roto por el frotar de manos ante la estufa.

- Yo he salido esta mañana de Roncesvalles y tú ¿de donde vienes?.
- De Pamplona.
- Ah! Vienes haciendo el Camino al revés, yo voy hacia Santiago, ¿tú vuelves?
- (¡Que más dará si voy o vengo!) Voy a San Juan de Lourdes.
- ¿A San Juan Pie de Port?
- (No debe de ser lo mismo, y este se conoce el terreno, me quedaré con Lourdes que parece no interesarle). No, no, en realidad quiero llegar hoy a Lourdes.
- Hoy es imposible, a no ser que alguien te lleve directamente, Lourdes está a unos doscientos Km. de aquí
- No tenía idea de que estuviese tan lejos.
- No importa, hoy le pides permiso a la hospitalera para quedarte a dormir y mañana lo verás todo más claro. Lo del permiso es porque me imagino que no llevarás la credencial.
- No, la documentación la olvidé.
- No pasa nada, descansa, caliéntate y luego ya veremos.
- ¿Cuánto cuesta dormir aquí? Es que no voy muy bien de dinero.
- El dinero no será motivo para que no duermas aquí y menos teniendo todo el sitio del mundo.

Nuevo silencio más prolongado, las presentaciones personales sobran.

El peregrino se levanta y va a la mesa, sin decir nada saca una libreta y después de leer cuatro líneas se pone a escribir. Al poco llega una mujer, de aspecto afable y sonrisa cariñosa, que saluda al peregrino por su nombre.

- Que tal Gregorio ¿hay novedades?.
- Nada importante, este peregrino que ha llegado hace un momento y mientras venías tú, le he invitado a pasar, descansar y calentarse.
- Has hecho bien. Hola soy Loly, la hospitalera, ¿estás bien?
- Si, gracias, estoy bien, me llamo Erik. ¿Cuánto cuesta dormir en este sitio?, es que no tengo dinero.
- Y por lo que veo tampoco debes de tener la credencial, no te preocupes. (Una mirada cómplice con el peregrino) No creo que importe mucho que puedas descansar aquí esta noche, menos aún teniendo sitio, y por el dinero no te preocupes, si tienes, guárdalo para una ocasión más apurada.
- Por mi encantado de tener compañía Loly, que tal Erik, me llamo Gregorio.
- Bien (Un bien que suena lacónico mientras estrecha con indiferencia la mano que se le tiende)
- Loly, (pregunta el peregrino), ¿tenemos en el pueblo alguna tienda para comprar algo de cena?.
- Hoy domingo y a estas horas estará todo cerrado, solo tienes los restaurantes.
- Y tú Erik, ¿te apetece cenar conmigo?
- Me da igual (responde ante la mirada sorprendida del peregrino). Perdona, no he querido ser grosero, pero hace tanto tiempo que no elijo que hoy ya no sé hacerlo, deberás de elegir por mí.
- Si es eso, no te importe, iremos a cenar.

Ya son colegas, ya pueden compartir experiencias e historias y no paran de hablar durante el trayecto al restaurante y durante la cena y el regreso.

Aún no son las diez y ya están durmiendo, los dos roncan. El descanso es profundo hasta pasadas las ocho de la mañana. Han dormido de un tirón. No siempre toca.

Y andaba del brazo de un tipo que nunca era yo...

Cuando se carece de interés por el futuro e incluso por el presente inevitable y duro, cuando los días se suceden y lo que sucede es más de lo mismo, cuando tu Camino no es el Camino de nadie y nadie te acompaña, cuando no sabes elegir por falta de entrenamiento ya que en pocas ocasiones tienes oportunidad de elegir, cuando el desarraigo es una profesión más que una situación, cuando se vive en la calle y el frío y el alcohol son vecinos de las drogas y el bochorno, es cuando se saborea la amarga soledad, la profunda soledad de la falta de objetivos y la ausencia de futuro.

El peregrino se levanta, se asea... El vagabundo se levanta, se asea... El peregrino recoge su mochila, dobla la manta que ha usado... El vagabundo dobla las mantas y se pone todas sus ropas.

El peregrino deja sobre la mesa madalenas y chocolate y los dos comen, no lo ofrecen, no lo piden, ya es de los dos y entre los dos lo comparten.

No se han puesto de acuerdo pero los dos salen a la vez, en la misma dirección. Erik no toma decisiones, le da igual, Gregorio tiene una decisión tomada, hacer el Camino de Santiago, con una decisión es suficiente para los dos.

Al poco entran en un bar y toman café con leche que uno de los dos pide sin preguntar al otro. Sin mediar palabra comienzan la etapa hacia Cizur Menor pasando por Pamplona. Siguen los dos separados por la distancia de los pensamientos diferentes que proporcionan vidas distintas y unidos por el brazo de la comprensión del otro. Y en Cizur se repite la historia de Zubiri, y a la mañana siguiente se repite lo del día anterior, y a la noche siguiente y al siguiente día se repiten los mismos ritos, las mismas pocas palabras, la misma y profunda comprensión de los que están en el Camino y andan del brazo de alguien que nunca son ellos mismos.

Ni el vagabundo ni el peregrino saben cuando ni de que manera se separaron, lo más probable es que uno de los dos perdiera la pista al otro, también es posible que el vino nublara la ruta de alguno de ellos, es posible que alguien decidiera por ellos esa separación, pero me gustaría pensar que, por fin, los dos aprendieron a decidir sobre su vida y eligieron libre y conscientemente y a partir de ese momento no necesitaron el uno el brazo del otro y simplemente se separaron.

Gregorio de Zaragoza